

MADAMA DE POMPADOUR

EN COMPIEGNE

6

La Sobrina de Poussin

POR

M. AMADEO DE BAST



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

BARCELONA

Casa Editorial Maucci, Consejo Ciente, 296

BUENOS AYRES
Maucci Hermanos
1070, Ouyo, 1070

MÉXICO
Maucci Hermanos
1.ª Del Relox, 1

1899

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO



Madama de Pompadour

I

El camino de los Jabalies

El bosque de Compiègne, de vegetación más espléndida y salvaje que el de Fontainebleau y de más poesía y misterio que el de Rambouillet, ese célebre bosque donde Felipe Augusto halló los vaticinios de la victoria de Bouvines (1), y donde se ven aún árboles gigantescos contemporáneos de Carlos el Calvo, está cruzado por una senda escabrosa, desigual y obstruida á intervalos por ála-

(1) Felipe Augusto mató cazando en el bosque de Compiègne un ciervo muy viejo, en el cuello del cual se halló un collar de oro puro, y sobre él grabadas estas palabras: «Vencerás con el auxilio de Dios y la justicia de tu causa.» Algunos meses después Felipe Augusto ganó la victoria del puente de Bouvines (27 de julio de 1214).

mos blancos, tejos y chopos entrelazados por tapices de ortigas, cardos y espinos que hacen su tránsito triste y difícil; llámase el camino de los Jabalíes, porque estos animales huyen por él cuando perseguidos por una encarnizada trailla se esfuerzan en volver á su guarida y combatir y sucumbir en ella con valor *pro aris et fosis*.

Los cazadores frecuentan muy poco el camino de los Jabalíes, y es casi enteramente desconocido para los paseantes del bosque. En algunas raras circunstancias, en los días de gran cacería real, un corto número de curiosos se aventuran á internarse por esta senda solitaria para ver pasar el jabalí hostigado y á los sabuesos que lo persiguen; pero lo más común es que á excepción de los días de caza no se encuentre á nadie en este desierto, cuyo silencio turban únicamente la charla de las urracas, el graznido de los cuervos y el tenebroso y monótono canto del buho.

Sin embargo, en uno de los primeros días de noviembre de 1763 tiritaba de frío al pié de una añosa encina del camino de los Jabalíes una joven de unos diez y seis años escasos, blancacomo un cisne y hermosa como una Madona de Rafael; sus ojos azules estaban constantemente dirigidos hácia la entrada del camino por donde aparecía por lo regular la caza real, y llevaba en sus manos un papel que tenía todas las apariencias de un memorial ó petición.

No eran aún las nueve de la mañana y hacía un frío intenso; el viento del norte arrancaba las amarillentas hojas de los árboles marchitas por el otoño y arrebatava los postreros adornos de su espléndi-

de ramaje; algunos rayos débiles del sol doraban á intervalos las copas de los álamos y regocijaban los nidos de los jilgueros y curruacas, pero estos rayos consoladores no llegaban hasta la joven, que se estremecía bajo su vestido de lana como un lirio á los nocturnos besos del céfiro.

—No vendrá, exclamó dolorosamente la joven, y mi pobre madrina que espera con tanta impaciencia mi vuelta ¿qué pensará? Hace ya tanto rato que estoy aquí... ¡Ah! el tiempo pasa muy lentamente para los que padecen y esperan. Dios mío, tened piedad de mí!

—¿Si rezaría aquí? añadió después de algunos momentos de silencio. El mundo entero es templo y santuario para los corazones puros, dice mi madrina, y voy á recitar algunas oraciones.

La pobre niña se arrodilló al pié del árbol que le servía de abrigo contra el aquilón, cerró los ojos para no distraerse con los objetos exteriores, enlazó las manos y empezó á orar con fervor.

Apenas había terminado las oraciones que se había propuesto recitar, cuando sintió que la tocaban ligeramente sobre el hombro, y volviéndose, vió á dos pasos de ella una dama cubierta con una *polonesa* (1), y cuyo exterior no anunciaba grande opulencia ni título muy encumbrado. El rostro de la dama estaba salpicado de *lunares* (2) que apenas

(1) La polonesa, como su nombre lo indica, era una moda del Norte, una especie de peñador de terciopelo ó de seda que las damas de la corte llevaban por la mañana en el paseo ó en la caza. La reina María Leczinska, esposa de Luis XV, importó esta moda á Francia, y duró hasta el reinado de Luis XVI.

(2) Los lunares eran unos pedacitos de tafetan negro que las damas de alta alcurnia, y aún las de la clase media, se ponían sobre el rostro para que resaltasen la blancura y el brillo de su tez.

permitían distinguir sus facciones, y llevaba en la mano uno de esos bastoncillos flexibles de junco, marfil y oro que cuarenta años después se conocían con el nombre de bengalas.

—¿Qué haces ahí, hija mía? preguntó con voz dulce y penetrante y mirando á la joven con un sentimiento de admiración que en vano reprimía.

—¡Ah! señora, espero, respondió la muchacha.

—Y ¿á quién esperas en un sitio tan solitario?

—A la señora marquesa de Pampadour, pues me han asegurado que hoy debe estar en la caza del rey.

—El rey no cazaré hoy, respondió la dama; la partida se ha aplazado hasta mañana.

—¡Cielos! ¿estáis segura, señora? exclamó la muchacha ocultándose el rostro con las manos.

—Segurísima, hija mía. Pero ¿qué tienes que decir á la marquesa de Pompadour?

—Dicen que es buena y compasiva, y venía á implorar su protección; dicen que ama y alienta las bellas artes, y venía á invocar sus recuerdos.

—¿Y bajo qué concepto, querida niña, pretendes contar con la protección que prodiga á las artes la marquesa?

—Llevo un apellido célebre en la pintura; pertenezco á la familia de un hombre que dió lustre y honor á la Francia con sus cuadros inmortales y que ha merecido el glorioso sobrenombre de *Platon de la pintura*.

—¿Cuál es el nombre de ese artista?

—Nicolás Paussin; y yo soy su sobrina y el último vástago de una raza que ha dado al rey artistas y soldados.

—¡Eres la sobrina de Poussin! exclamó la dama tomando entre las suyas las manos de la joven; la sobrina de Poussin... y eres pobre!

—Pobre, sí señora, y tan pobre que es imposible serlo más. Huérfana desde la infancia, sin haber conocido nunca á mi padre que murió en la última campaña de Flandes, ni á mi madre que pereció de dolor al darme á luz, fui recogida por mi madrina que es viuda de un oficial del regimiento de Normandía. Esta excelente mujer me cuidó y educó como á una hija, me puso en un convento y agotó todos sus recursos para darme una brillante educación. Un pleito del cual dependía su escasa fortuna y que perdió hace seis meses, la obligó á sacarme del convento y á llamarme á su lado. ¿Qué puedo decir, señora? nuestra miseria es tan extrema que mi madrina y yo hemos partido de Andely, nuestra ciudad natal, para venir á Compiègne en busca de trabajo. Nos habían asegurado que la frecuente residencia de la corte en esta ciudad proporcionaba á muchas mujeres el medio de subsistir con el bordado ó la costura; pero pronto se ha desvanecido esta ilusión... y faltándonos el trabajo, nos ha faltado también el pan... Ya no poseemos nada... En vano mi madrina me suplica que me separe de ella y vuelva al convento cuya superiora me ama tiernamente, pues no puedo resolverme á abandonar á mi bienhechora, á quien las privaciones más bien que la edad y la enfermedad tienen aprisionada actualmente en una casa sin muebles, y de la cual vamos á ser despedidas quizás mañana por el rigor de un propietario inexorable.

—¡Pobre niña! ¡tan joven y tan desgraciada! ¡tan bella y de tanto talento! exclamó la dama enjugando una lágrima que rodaba por sus mejillas.

—No he dicho nada á mi madrina, continuó la joven; he escrito una carta á la marquesa de Pompadour, y he venido aquí temprano para presentársela cuando pasara... ¡Hace ya mucho rato que espero!... Indudablemente se compadecerá de mi miseria, el nombre de mi tío abogará en mi favor, y lograré el consuelo de arrancar á mi madrina de una indigencia espantosa de que soy la causa principal.

—Ese pensamiento es hijo de una alma hermosa, pobre niña, y el cielo os protegerá en la realización de tan noble proyecto. Sí, tenéis razón en confiar, no en la compasión, palabra que no debe pronunciar quien lleva vuestro nombre, sino en la simpatía y en el celo de madama de Pompadour. Sus enemigos—que son muchos—la representan como una ambiciosa que solo se vale de la suprema privanza que goza para satisfacer caprichos ó llenar de oro sus hechuras. Como extraña á la corte y á sus infames intrigas, habéis sabido apreciar mejor el carácter de la marquesa, hija mía; sí, y estoy convencida de que le haréis en vano vuestra petición, y que esa mujer tan calumniada probará una vez más en cuanto estima tiene el socorrer el infortunio y glorificar los grandes talentos y el genio indisputable de una patria que ama y prefiere á todo, hasta al poder, hasta á la vida.

—También vos, señora, respondió la joven, me parecéis muy buena, y mi confianza en vos no tie-

ne límites. Os suplico que entreguéis mi carta á la marquesa de Pompadour.

Y la graciosa joven presentaba su carta con mano trémula de frío á la bella desconocida.

—Vuestra carta está cerrada y tendré el mayor cuidado en no abrirla. Por otra parte, es preciso que la marquesa sea la única que la lea, los pensamientos de una joven tienen pudor como sus labios y es preciso guardarse de ajar su pureza.

—¡Oh! si yo fuese marquesa de Pompadour, dijo ingenuamente la pobre joven; hacer bien á sus semejantes y valerse de un poder sin límites para recompensar y consolar, ¿no son las atribuciones de Dios sobre la tierra? ¡Qué venturosa debe ser y que feliz deben hacerla sus brillantes atavíos, si es cierto que los diamantes y las buenas acciones brillan los unos por las otras, y forman el adorno más precioso, de las mujeres!

—No os apresuréis á creer que madama de Pompadour es afortunada, dijo la marquesa; mañana la veréis en todo el esplendor de su gloria, y después de haberla visto, y especialmente después de haberla hablado, juzgaréis si paga ó no bien cara la esplendente aureola que rodea su destino de mujer.

—¿Qué decis, señora? ¿veré?... hablaré mañana á la señora marquesa de Pompadour? ¡Qué dicha! ¡Oh! querida madrina, ya estáis salvada.

—Oídme, hija mía.... Me olvidaba. ¿Os llamáis...

—Cecilia Poussin, señora; ¿queréis que os lo escriba?

—Es inútil; recordaré el dulce nombre de Ceci-

lia, porque el apellido Poussin es familiar á mi admiración. Oídme pues, Cecilia. Conozco á la señorita Mauricia, la camarista mayor de la marquesa de Pompadour; id al castillo mañana á las diez, decid que os permitan hablar con la camarista mayor, y entregadle de mi parte este libro; ella sabrá lo que quiere decir esta seña, yo la habre enterado de nuestro encuentro y os introducirá en la habitación de madama de Pompadour.

—¡Señora, cuánta bondad! ¡Cómo! ¿seré tan feliz que pueda hablar á tan gran señora? Yo, tan pobrementemente vestida, presentarme en el castillo del rey!

—Haced lo que os digo, querida Cecilia, le dijo la dama interrumpiéndola, hacedlo sin temor si deseáis suavizar la suerte de vuestra madrina y asegurar la vuestra. Tengo esperanza en la visita que vais á hacer y ya trataré de veros en el cuarto de la señorita Mauricia. Hasta mañana pues, Cecilia. Somos ya antiguas amigas; dejadme que os bese.

—Con mucho gusto, señora, respondió la joven presentando á su protectora una frente más blanca que la nieve y que no habían logrado marchitar los disgustos de la pobreza.

La dama estampó un beso en aquella frente, hizo un ademán de afectuosa despedida á Cecilia, y continuó su paseo azotando con el extremo de su bastón de marfil las hojas secas que crujían bajo sus piés delicados.

Cecilia se quedó pensativa, y se apresuró á salir del camino de los Jaballes para volver á la carretera. Mientras se dirigía á su casa pensando en

su misterioso y presidencial encuentro, Cecilia, como verdadera hija de Eva, entreabrió disimuladamente el lindo librito dorado por los cortes que la dama le había dado como salvoconducto.

Era el *Arte de amar* de Gentil Bernard.

II

El tocador de madama de Pompadour

Los moralistas y los historiadores han envuelto en el mismo anatema á todas las favoritas de los reyes, y sin embargo una madama de Montespan que inspiró de acuerdo con Colbert á Luis XIV el amor á las artes y á las letras y el deseo de protegerlas; una Naully Guyn que fué la amiga de Dryden y que no quiso valerse de su ascendiente sobre el corazón de Carlos II sino para socorrer á los desgraciados y defender la causa de los proscritos; una Catalina que salvó en las orillas del Pruth al vencedor de Pultawa, y que ceñida con la diadema de las emperatrices de Rusia tuvo la gloria de llevar á cima la obra de civilización inaugurada por Pedro el Grande; estas favoritas, estas queridas y aventureras de amor tienen derecho, sino al respeto, cuando menos á la gratitud de los pueblos. La historia imparcial debe tenerles en cuenta los

ejemplos de caridad, de valor y de desprendimiento que sembraron á su paso, y perdonar su flaqueza en gracia de sus beneficios; y no echemos en olvido que si una Diana de Poitiers sacrificó y vendió bajo el reinado de Enrique II los intereses de la Francia, otra favorita, la tierna Inés Sorel, contribuía un siglo antes á la par de Dunois y de la virgen de Vaucoudeurs á expulsar á los ingleses de nuestras provincias y á fundar con victorias la independencia y la libertad de la patria.

La memoria de la marquesa de Pompadour sólo ha llegado hasta nosotros cercada de preocupaciones, odios, antipatías y sátiras que engendró en torno suyo su repentina elevación, y no se ha tratado de ver, ni se ve aun en el día, en la más encantadora, más graciosa y más amable de las queridas de Luis XV sino una advenediza del amor, la encarnizada enemiga de Lalande, la adversaria del Parlamento. Madama de Pompadour cooperó con toda su influencia á la supresión de la Compañía de Jesús, y los jansenistas, que eran los liberales del siglo XVII y XVIII, no dejaron por eso de perseguirla con epigramas, folletos calumniosos y atroces diatribas lo mismo que sus enemigos los jesuitas que tenían al menos el derecho de maldecirla. La favorita defendió á los filósofos y á los enciclopedistas, y los primeros, á excepción tal vez de Voltaire, no demostraron más gratitud que los jansenistas, y la denigraron á porfía; el mismo Federico tomó parte en el ataque y se mofó en versos duros y nada mesurados de la querida del rey de Francia. Si Luis XV no criticaba el gabi-

nete verde del castillo de Sans-Souci, ni los pajes, ni los poemas galotudescos del rey de Prusia, ¿por qué no perdonaba el conquistador de la Pomerania al rey de Francia su madama de Pompadour, su parque de los Ciervos y sus bosquecillos de Trianon?

El odio se transforma ó se apacigua con el tiempo; madama de Pompadour no ha logrado siquiera este privilegio póstumo de los que con su fortuna exasperaron la envidia contemporánea; algunos plagiarios, desertores de la escuela del pintor David, se complacieron en añadir el insulto artístico á las maldiciones é injurias calumniosas de los zoidos del siglo pasado, y al bautizar con el nombre de Pompadour todo lo que recuerda la elegancia, la finura y el aticismo del siglo XVIII, han confundido voluntariamente la excentricidad de las modas de aquella época con las aberraciones de algunos talentos secundarios. Estos plagiarios y embadurnadores de nuevo cuño ignoran que la marquesa de Pompadour fué una protectora tan inteligente como celosa de las bellas artes, y que la Francia le es deudora tal vez de Pigalle, de José Vernet, de Monsigny y de otros tantos artistas ilustres cuyos ensayos alentó y cuyas obras maestras recompensó generosamente.

El tocador de la favorita ofrecía todas las mañanas un espectáculo tan brillante como original: los ministros, los mariscales de Francia, los hombres más ilustres por su cuna, sus dignidades ó su talento se agrupaban en torno suyo, disputando á sus camaristas el cuidado de cooperar á su tocado, y la embriagaban á porfía con las más finas alaban-

zas ó los homenajes más serviles. El incienso que quemaban á los piés del idolo no era siempre de buena ley, porque la hipocresía corre parejas en las cortes con la corrupción, y con frecuencia el cortesano que improvisaba el madrigal más galante ó la metáfora más mitológica, de buena gana hubiera dado de puñaladas á la que comparaba con la reina Amatonta ó la diosa Citeres; pero la marquesa, que tenía sobrado talento para no dejarse engañar, tenía también sobrada finura para hacer ver que le enternecían, conmovían ó admiraban tan falaces agasajos. Pagaba con una sonrisa é indemnizaba con una mirada á sus infatigables aduladores, y cuando sus ojos se habían saciado de todas aquellas mentidas genuflexiones, de todos aquellos tributos pérfidos y de todas aquellas interesadas protestas, despedía con una mirada á la turba de turiferarios que se esforzaban en ser Narcisos para trocarse bajo las alas de la favorita en un Seján ó un Mazarino.

La corte de la marquesa de Pompadour había sido más numerosa y magnífica de lo acostumbrado en la mañana que siguió á la entrevista del camino de los Jabalies; toda la Francia, para valernos de una expresión de la época, estaba en Copiegne, y los gobernadores de provincia, los generales de ejército y los magistrados superiores se codeaban y confundían en el suntuoso gineceo de la favorita para conquistar una mirada ó mendigar una sonrisa. ¿Ignoraban acaso que esta mirada ó esta sonrisa de la favorita del rey eran para los unos un diploma de duque ó de consejero del Estado, un bastón de mariscal de Francia para

los otros y una mitra y una cruz episcopal para algunos?

La marquesa había sido muy sobria de sus encantadoras y mudas promesas de favor, había distribuido con poca largueza sus regalos mimicos y parecía estar preocupada. En vano el canciller Maupeou, á despecho de su toga y de su placa del Espíritu Santo, había tratado de divertirla adornando á Loquilla, la perrita favorita de la marquesa, con una cifra bordada de cifras y arabescos, y en vano el duque de Richelieu se desvivió por enseñar á Tisbe, la cotorra que participaba con Loquilla del cariño de la marquesa, algunas palabras del vocabulario de Port-Mahon, pues madama de Pompadour recibió con la mayor frialdad todos los esfuerzos de cortesania y de jovialidad y no se dignó alentar ninguno.

De modo que cuando se terminó el tocado y madama de Pompadour dijo: *Caballeros, el rey va á salir muy pronto de caza*, todos se apresuraron á retirarse con intención de volver al día siguiente al aposento de la favorita.

Únicamente el duque de Richelieu y el canciller Maupeou insistieron en quedarse al lado de la marquesa.

—Cómo, señores, dijo ésta, ¿no váis á la caza real?

—Señora, respondió el canciller, ya veis que mi traje no es propio de una caza y que no convendría á un canciller de Francia el presentarse con tal talante en los bosques. La austera Temis puede muy

bien pasearse por los bosquecillos del Gnido, pero no puede sin comprometerse seguir las huellas de las ninfas de Diana.

La marquesa sonrió ligeramente al oír tan pagana é insulsa respuesta, y volviéndose hacia el duque de Richelieu, le dijo:

—Vos, señor mariscal, no podéis alegar la misma excusa, pues no vestís la toga del señor canciller y lleváis aun las armas de Port-Mahon. Y esas armas serán muy propias hoy en el bosque de Compiègne, pues se va á hacer la guerra á tres jabalíes que son el terror del país.

—Tendría el mayor placer, señora, respondió el mariscal, en combatir á esos terribles jabalíes á falta de otros enemigos, pero caí ayer del caballo, y ha sido preciso todo el afán que me impulsa á venir á presentaros mi homenaje y mi respeto para obligarme á salir de mi habitación.

—Veo, caballeros, dijo la marquesa con una jovialidad que no fingía, que sois dos inválidos, el uno por su categoría y el otro por desgracia; pero es mi voluntad, señor Maupeou, que asistáis á la caza á pesar de vuestra toga, y vos, señor mariscal, á pesar de vuestra caída. Vendréis los dos en mi carroza, y seguiremos la caza que no dejará de ser interesante. Odio la caza del ciervo, porque me entristece y me arrancan lágrimas los gemidos de la pobre víctima, pero me place en extremo la del jabalí. Es un animal feroz y dañino, y á pesar de su valor no me inspira tanta compasión. ¿Aceptáis, caballeros mi proposición?

El canciller y el mariscal se inclinaron respetuosamente.

—Esperadme en el salón azul, porque antes de salir tengo que dar algunas órdenes sobre mi traje de caza. Por otra parte no os fastidiaréis en ese salón; hallaréis allí probablemente á Vanloo, el pintor que me enseñó de dibujo, y á Monsigny, mi maestro de música, con los hábiles escultores Pigalle y Foucou..... ¡Podéis retiraros, señores!

El duque y el canciller salieron y la marquesa llamó á su camarista mayor.

Entró la señorita Mauricia.

—¿Está allí Cecilia Poussin? preguntó la marquesa.

—Sí, señora, respondió la camarista mayor, y trabajo me ha costado moderar su alegría en el momento que os ha reconocido por la dama que tuvo la dicha, según ella decía, de encontrar en el bosque.

—¿La habéis colocado donde os dije?

—Sí señora, en el gabinete de espejos que comunica con esta habitación; allí ha podido contemplar á su gusto á la que llama ya su bienhechora, y ha podido contar los ramilletes que os han regalado y oír los cumplidos que os han dirigido. ¡Oh! ¡qué alegre estaba la pobre muchacha! Sus exclamaciones de cariño, de admiración y de gratitud para con vos me llegaban al corazón. Es una hermosa y cándida niña, señora, y á pesar de su timidez y candidez revela mucho talento.

—¿Es cierto, Mauricia? Es una encantadora criatura.

—Un ligero incidente ha estado á punto de frus-

trar vuestros proyectos, continuó la señorita Mauricia. Mientras Cecilia Poussin miraba con afán la escena tan nueva para ella que pasaba ante sus ojos, el rey ha llamado á la puerta del gabinete de espejos...

—¡El rey! exclamó la marquesa, ¡el rey! ¿Había visto entrar á Cecilia en el castillo?

—No lo creo, señora.

—¿Qué habéis hecho en este caso? Supongo que no habréis abierto á S. M.

—Ciertamente que no, señora: yo misma he pasado un cerrojo más y he dicho á S. M. que estaba ocupada en arreglar vuestro traje de caza y que no podía entrar. El rey me ha mandado entonces al través de la puerta que os dijera os diéseite prisa en vestiros porque no quería ir sin vos á la caza.

—¡Ah! exclamó madama de Pompadour como librándose de una duda ó de una pesadilla.

Mordióse ligeramente los labios, reflexionó un instante y dijo á la señorita Mauricia que introdujera á Cecilia.

La camarista abrió la puerta del gabinete, y la sobrina de Poisson se arrojó con rapidez á las plantas de la marquesa.

—Levantáos, hija mía, levantáos, dijo la favorita con dignidad; recordad el nombre que lleváis. Sólo deben doblarse las rodillas ante dos potestades: Dios y el rey.

—Con que érais vos, señora marquesa, érais vos la que ayer me alentó y consoló en el bosque? ¡Ah! debía haberlo conocido por vuestra bondad más bien que por vuestra hermosura. Pero ¡qué dichosa

soy en veros en medio de tanto esplendor y magnificencia, señora marquesa! tanta grandeza es digna de vos, porque hallándoos tan cerca del trono, sólo invocáis su poder para proteger las artes y socorrer al desgraciado.

—No envidieis mi suerte, querida Cecilia, respondió madama de Pompadour, y no os dejéis seducir sobre todo por la aparente sinceridad de esos homenajes que habéis visto prodigarme. Ese canciller que manchaba con el polvo de mis piés su toga y su placa azul; ese duque y par, que no se ruborizaba de divertir mi cotorra; todos esos adaladores y cortesanos de cada día y si quisiera de cada hora serian mis más crueles perseguidores si llegara á faltarme de pronto la amistad del monarca. Me persiguirían, me desterrarían, me... perderían con el mismo ardor que emplean en adularme... ¡Oh! los conozco muy bien, querida Cecilia, y más de una vez llego á echar de menos con pesar mi modesta fortuna y la tranquilidad de alma y de corazón que sólo se encuentra en la virtud, y no bajo los pomposos artesonados de Versailles y de Triánón.

—¡Ah! señora...

—Pero bastante hemos hablado de mí y de mis pesares, ocupémonos de vos y de vuestra suerte. ¿Tenéis el memorial dirigido á la marquesa de Pompadour por la sobrina de Nicolás Poussin? añadió la favorita sonriendo.

—Sí señorita, aquí está.

Madama de Pompadour lo leyó con atención, pero lo que excitó especialmente su curiosidad fueron los documentos genealógicos de la familia de

Poussin y las cartas de este hombre ilustre que Cecilia tuvo la feliz idea de unir á su memorial.

—Todo está bien, añadió la marquesa, y lo más precioso es esto, dijo designando las cartas del autor del *Diluvio*. Cecilia, querida Cecilia, á mucho podéis aspirar con semejantes ejecutorias de nobleza.

—¡Oh! señora, solo aspiro á merecer vuestra amistad y á nada más, respondió la ingenua y candorosa joven. Pero ¿no veis, señora marquesa como se juntan á la vez dichas sin cuento? En el momento que tenía el honor de hablar ayer con vos en el bosque de Compiègne, un caballero se presentó en casa de mi madrina y tomó apuntes sobre su situación y sobre la mía; ese caballero es empleado en la corte, y habiendo sabido no sé cómo que mi madrina era viuda de un valiente oficial del rey, desea, según manifestó, recomendarnos al ministro de la guerra.

—Querida Cecilia, los poderosos no buscan protegidos ni desgraciados, porque se reservan su influencia para sí y para... sus pasiones. Ese caballero es un intrigante.

—No lo creáis, señora marquesa, las vecinas de mi madrina que le vieron han dicho que se llamaba... se llamaba... ¡Oh! no lo recuerdo, dijo Cecilia haciendo memoria, pero hay un rey de Francia que lleva por apodo su nombre... ¡Ah! ya me acuerdo! es M. Lebel (1).

—Lebel! exclamó la marquesa; Lebel, el primer

(1) Lebel, primer ayuda de cámara de Luis XV, era el ministro secreto de los placeres del monarca.

ayuda de cámara del rey! ¡Qué sospecha... y qué ideal!

—¿Cómo, señora, ese hombre sería?..

—Silencio! silencio! dijo madama de Pompadour interrumpiéndola, no digáis una palabra más, hija mía.

En aquel momento la señorita Mauricio abrió la puerta del gabinete y entró rápidamente y despaavorida.

—El rey, el rey, señora, que se impacienta y viene á buscaros acompañado del canciller y del duque de Richelieu: ya suben por la escalera principal.

—Retiráos, Cecilia, dijo madama de Pompadour levantándose precipitadamente; ya terminaremos nuestra conversación mañana... Venid al pabellón de los Cisnes, al extremo del jardín del castillo... ó más bien Mauricia irá á buscaros á vuestra casa y os acompañará hasta allí.

—Señora, os pido un favor... permitid que os bese la mano, dijo la joven turbada con aquella peripecia.

—No, quiero estrecharte contra mi corazón, Cecilia.

La sobrina de Poussin se arrojó en los brazos de la marquesa que la estrechó afectuosamente contra su seno.

—Hasta mañana, Cecilia, hasta mañana!... Pero salid al momento... Mauricia no os separéis de ella hasta que salga del castillo.

—Fiad en mí, señora.

La marquesa volvió á sentarse tranquilamente en el sillón que acababa de dejar con tal agitación

un momento antes, compuso su ademán, se puso á *Loquilla* sobre su falda y empezó á mover con las tenacillas de acero el fuego de la chimenea.

Apenas había terminado sus preparativos de calma y frialdad afectada, cuando se oyó la voz del ujier que gritaba:

—¡El rey!

III

El pabellón del Mogol

El pabellón de los Cisnes, que tenía también el nombre del Mogol, porque Luis XIV había mandado colocar en este sitio las rarezas artísticas traídas de la Persia y del Japón por el célebre viajero Tavernier, se hallaba en el extremo oriental del castillo de Compiègne, no lejos de un estanque de mármol dibujado por Lenotre, y en el cual juguetaban esos brillantes palmídeos que son las gace-las de las aguas. El pabellón de los Cisnes había sido el punto de cita de caza para las damas del siglo XVII; habitáronlo una tras otra la señorita de Lafayette, la casta querida de Luis XIII, y madama de Montespan, la altiva favorita de su hijo, y la marquesa de Pompadour se refugiaba en él du-

rante la permanencia de la corte en Compiègne, para huír de la cansada turba de adúladores y de las nubes de incienso y de las flores que la rodeaban en sus aposentos oficiales.

La favorita de Luis XV había dado á tan delicioso retiro todo el encanto de la juventud y el brillo de su primitivo destino; al lado de las porcelanas, barnices y vivas pinturas de la China y del Japón, y de las maravillas de marfil, de ébano, de plumas y de seda de los artífices de Agra y de Is-pahan, la marquesa había inaugurado una preciosa galería que contenía cuadros de las tres escuelas modernas de pintura florentina, holandesa y francesa. Distingúanse entre aquella confusión de páginas inmortales, en aquella multitud caprichosamente agrupadas de obras maestras inapreciables, madonas de Rafael cerca de escenas burlescas de Van-Ostade; fiestas campestres del antiguo Téniers no lejos de suaves composiciones de Lesueur; y los encantadores lienzos de Vander-Meulen, de Mieris, de Rembrand, de Gerard Dow se confundían con los gándiosos poemas de Rubens, de Felipe de Champagne, del Ticiano, del Españafoleto y del Dominiquino. Finalmente, veíase en medio de todas aquellas concepciones variadas del genio de la pintura, cual en medio de un mar de diamantes se alza uno perla en su azulada concha, los pastores de la Arcadia. *Et ego in Arcadia!* la sublime idea, el sublime cuadro de nuestro gran Poussin.

Madama de Pompadour estaba sentada delante de un caballete, copiando con ademán pensativo una *Diana cazadora* de Lebrun, y de vez en cuan-